

fusión? No lo sé. No tratemos de saberlo. Dejemos las cosas como están. (Da algunos pasos hacia la puerta y luego vuelve y se dirige al público.) Mi verdadero nombre es Sherlock Holmes.
Sale.

ESCENA VI

Los mismos menos MARY

El reloj suena todo lo que quiere. Muchos instantes después la señora y el señor MARTIN se separan y vuelven a ocupar los asientos del comienzo.

SR. MARTIN. — Olvidemos, *darling*, todo lo que no ha ocurrido entre nosotros, y ahora que nos hemos vuelto a encontrar tratemos de no perdernos más y vivamos como antes.

SRA. MARTIN. — Sí, *darling*.

ESCENA VII

Los mismos y los SMITH

La señora y el señor SMITH entran por la derecha, sin cambio alguno en sus vestidos.

SRA. SMITH. — Buenas noches, queridos amigos! Discúlpennos por haberles hecho esperar tanto tiempo. Pensamos que debíamos hacerles los honores a que tienen derecho y, en cuanto supimos que querían hacernos el favor de venir a vernos sin anunciar su visita, nos apresuramos a ir a ponernos nuestros trajes de gala.

SR. SMITH (*furioso*). — No hemos comido nada durante todo el día. Hace cuatro horas que los esperamos. ¿Por qué se han retrasado?

La señora y el señor SMITH se sientan frente a los visitantes. El reloj subraya las réplicas, con más o menos fuerza, según el caso.

Los MARTIN, sobre todo ella, parecen turbados y tímidos. Es porque la conversación se entabla difícilmente y a las palabras les cuesta salir al principio. Un largo silencio incómodo al comienzo y luego otros silencios y vacilaciones.

SR. SMITH. — ¡Hum!

Silencio.

SRA. SMITH. — ¡Hum, hum!

Silencio.

SRA. MARTIN. — ¡Hum, hum, hum!

Silencio.

SR. MARTIN. — ¡Hum, hum, hum, hum!

Silencio.

SRA. MARTIN. — Oh, decididamente.

Silencio.

SR. MARTIN. — Todos estamos resfriados.

Silencio.

SR. SMITH. — Sin embargo, no hace frío.

Silencio.

SRA. SMITH. — No hay corriente de aire.

Silencio.

SR. MARTIN. — ¡Oh, no, por suertel!

Silencio.

SR. SMITH. — ¡Ah, la la la la!

Silencio.

SR. MARTIN. — ¿Está usted disgustado?

Silencio.

SRA. SMITH. — No. Se enmierda.

Silencio.

SRA. MARTIN. — Oh, señor, a su edad no debería hacerlo.

Silencio.

SR. SMITH. — El corazón no tiene edad.

Silencio.

SR. MARTIN. — Es cierto.

Silencio.

SRA. SMITH. — Así dicen.

Silencio.

SRA. MARTIN. — Dicen también lo contrario.

Silencio.

SR. SMITH. — La verdad está entre los dos.

Silencio.

SR. MARTIN. — Es justo.

Silencio.

SR. SMITH (a los esposos MARTIN). — Ustedes que viajan mucho deberían tener, no obstante, cosas interesantes que relatarnos.

SR. MARTIN (a su esposa). — Diles, querida, lo que has visto hoy.

SRA. MARTIN. — No merece la pena, no me creerían.

SR. SMITH. — No vamos a poner en duda su buena fe!

SRA. SMITH. — Nos ofenderían si pensaran eso.

SR. MARTIN (a su esposa). — Les ofenderías, querida, si lo pensaras.

SRA. MARTIN (graciosa). — Pues bien, hoy he presenciado algo extraordinario, algo increíble.

SR. MARTIN. — Apresúrate a decirlo, querida.

SR. SMITH. — Nos vamos a divertir.

SRA. SMITH. — Por fin.

SRA. MARTIN. — Pues bien, hoy, cuando iba al mercado para comprar legumbres, que son cada vez más caras...

SR. SMITH. — ¡Adónde va a ir a parar eso!

SR. SMITH. — No debes interrumpir, querida, malvada.

SRA. MARTIN. — Vi en la calle, junto a un café, a un señor, convenientemente vestido, de unos cincuenta años de edad, o ni siquiera eso, que...

SR. SMITH. — ¿Quién? ¿Cuál?

SRA. SMITH. — ¿Quién? ¿Cuál?

SR. SMITH (a su esposa). — No hay que interrumpir, querida; eres fastidiosa.

SRA. SMITH. — Querido, eres tú el primero que ha interrumpido, grosero.

SR. MARTIN. — ¡Chitón! (A su esposa.) ¿Qué hacía ese señor?

SRA. MARTIN. — Pues bien, van a decir ustedes que invento, pero había puesto una rodilla en tierra y estaba inclinado.

SR. MARTIN, SR. SMITH, SRA. SMITH. — ¡Oh!

SRA. MARTIN. — Sí, inclinado.

SR. SMITH. — No es posible.

SRA. MARTIN. — Sí, inclinado. Me acerqué a él para ver lo que hacía...

SR. SMITH. — ¿Y?

SRA. MARTIN. — Se anudaba las cintas de los zapatos que se le habían soltado.

LOS OTROS TRES. — ¡Fantástico!

SR. SMITH. — Si no lo dijera usted, no lo creería.

SR. MARTIN. — ¿Por qué no? Se ven cosas todavía más extraordinarias cuando se circula. Por ejemplo, hoy he visto yo mismo en el subterráneo, sentado en una banquetta, a un señor que leía tranquilamente el diario.

SRA. SMITH. — ¡Qué extravagante!

SR. SMITH. — ¡Era quizás el mismo!

Llaman en la puerta de entrada.

SR. SMITH. — Lllaman.

SRA. SMITH. — Debe de ser alguien. Voy a ver. (Va a ver. Abre y vuelve.) Nadie.

Se sienta otra vez.

SR. MARTIN. — Voy a citarles otro ejemplo...

Suena la campanilla.

SR. SMITH. — Lllaman otra vez.

SRA. SMITH. — Debe de ser alguien. Voy a ver. (Va a ver. Abre y vuelve.) Nadie.

Vuelve a su asiento.

SR. MARTIN (que ha olvidado dónde está). — ¡Eh!...

SRA. MARTIN. — Decías que ibas a citar otro ejemplo.

SR. MARTIN. — Ah, sí...

Suena la campanilla.

SR. SMITH. — Lllaman.

SRA. SMITH. — Yo no voy más a abrir.

SR. SMITH. — Sí, pero debe de ser alguien.

SRA. SMITH. — La primera vez no había nadie. La segunda vez, tampoco. ¿Por qué crees que habrá alguien ahora?

SR. SMITH. — ¡Porque han llamado!

SRA. MARTIN. — Esa no es una razón.

SR. MARTIN. — ¿Cómo? Cuando se oye llamar a la puerta es porque hay alguien en la puerta que llama para que le abran la puerta.

SRA. MARTIN. — No siempre. ¡Lo acaban de ver ustedes!

SR. MARTIN. — La mayoría de las veces, sí.

SR. SMITH. — Cuando yo voy a casa de alguien llamo para entrar. Creo que todo el mundo hace lo mismo y que cada vez que llaman es porque hay alguien.

SRA. SMITH. — Eso es cierto en teoría, pero en la realidad las cosas suceden de otro modo. Lo has visto hace un momento.

SRA. MARTIN. — Su esposa tiene razón.

- SR. SMITH. — ¡Oh, ustedes, las mujeres, se defienden siempre mutuamente!
- SRA. SMITH. — Bueno, voy a ver. No dirás que soy obstinada, pero verás que no hay nadie. (*Va a ver. Abre la puerta y la cierra de nuevo.*) Ya ves que no hay nadie.
Vuelve a su sitio.
- SRA. SMITH. — ¡Ah, estos hombres quieren tener siempre razón y siempre se equivocan!
Se oye llamar otra vez.
- SR. SMITH. — Lllaman de nuevo. Tiene que ser alguien.
- SRA. SMITH (*con un ataque de ira*). — No me mandes a abrir la puerta. Has visto que era inútil. La experiencia nos enseña que cuando se oye llamar a la puerta es que nunca está nadie en ella.
- SRA. MARTIN. — Nunca.
- SR. MARTIN. — Eso no es seguro.
- SR. SMITH. — Incluso es falso. La mayoría de las veces, cuando se oye llamar a la puerta es que hay alguien en ella.
- SRA. SMITH. — No quiere desistir.
- SRA. MARTIN. — También mi marido es muy testarudo.
- SR. SMITH. — Hay alguien.
- SR. MARTIN. — No es imposible.
- SRA. SMITH (*a su marido*). — No.
- SR. SMITH. — Sí.
- SRA. SMITH. — Te digo que no. En todo caso, ya no me molestarás inútilmente. ¡Si quieres ver quién es, ve tú mismo!
- SR. SMITH. — Voy.
La señora SMITH se encoge de hombros. La señora MARTIN meneala la cabeza.
- SR. SMITH (*va a abrir*). — ¡Ah! ¿How do you do? (*Lanza una mirada a la señora SMITH y a los esposos MARTIN, quienes manifiestan su sorpresa.*) ¡Es el capitán de los bomberos!

ESCENA VIII

Los mismos y el CAPITÁN DE LOS BOMBEROS

- EL BOMBERO (*lleva, por supuesto, un enorme casco brillante y uniforme*). — Buenos días, señoras y señores. (*Los otros si-*

- guen un poco sorprendidos. La señora SMITH, molesta, vuelve la cabeza y no responde a su saludo.*) Buenos días, señora Smith. Parece usted enojada.
- SRA. SMITH. — ¡Oh!
- SR. SMITH. — Es que, vea usted... mi esposa se siente un poco humillada por no haber tenido razón.
- SR. MARTIN. — Ha habido, señor capitán de bomberos, una controversia entre la señora y el señor Smith.
- SRA. SMITH (*al señor MARTIN*). — ¡Eso no es asunto suyo! (*Al señor SMITH.*) Te ruego que no mezcles a los extraños en nuestras querellas familiares.
- SR. SMITH. — Oh, querida, la cosa no es muy grave. El capitán es un viejo amigo de la casa. Su madre me hacía la corte y conocí a su padre. Me había pedido que le diera mi hija en matrimonio cuando tuviera una. Esperando, murió.
- SR. MARTIN. — No es culpa de él ni de usted.
- EL BOMBERO. — En fin, ¿de qué se trata?
- SRA. SMITH. — Mi marido pretendía...
- SR. SMITH. — No, eras tú la que pretendías.
- SR. MARTIN. — Sí, es ella.
- SRA. MARTIN. — No, es él.
- EL BOMBERO. — No se enojen. Dígame qué ha sucedido, señora Smith.
- SRA. SMITH. — Pues bien, oiga. Se me hace muy molesto hablarle con franqueza, pero un bombero es también un confesor.
- EL BOMBERO. — ¿Y bien?
- SRA. SMITH. — Se discutía porque mi marido decía que cuando se oye llamar a la puerta es porque siempre hay alguien en ella.
- SR. MARTIN. — La cosa es plausible.
- SRA. SMITH. — Y yo decía que cada vez que llaman es que no hay nadie.
- SRA. MARTIN. — Eso puede parecer extraño.
- SRA. SMITH. — Pero está demostrado, no mediante demostraciones teóricas, sino por hechos.
- SR. SMITH. — Es falso, puesto que el bombero está aquí. Ha llamado, yo he abierto y él ha entrado.
- SRA. MARTIN. — ¿Cuándo?
- SR. MARTIN. — Inmediatamente.
- SRA. SMITH. — Sí, pero sólo después de haber oído llamar por

cuarta vez ha aparecido alguien. Y la cuarta vez no cuenta.
 SRA. MARTIN. — Siempre. Sólo cuentan las tres primeras veces.
 SR. SMITH. — Señor capitán, permítame que le haga, a mi vez, algunas preguntas.
 EL BOMBERO. — Hágalas.
 SR. SMITH. — Cuando he abierto la puerta y lo he visto, ¿era usted quien había llamado?
 EL BOMBERO. — Sí, era yo.
 SR. MARTIN. — ¿Estaba usted en la puerta? ¿Llamó para entrar?
 EL BOMBERO. — No lo niego.
 SR. SMITH (*a su esposa, victoriosamente*). — ¿Lo ves? Yo tenía razón. Cuando se oye llamar es porque hay alguien. No puedes decir que el capitán no es alguien.
 SRA. SMITH. — No puedo, ciertamente. Pero te repito que me refiero únicamente a las tres primeras veces, pues la cuarta no cuenta.
 SRA. MARTIN. — Y cuando llamaron la primera vez, ¿era usted?
 EL BOMBERO. — No, no era yo.
 SRA. MARTIN. — ¿Ven ustedes? Llamaron y no había nadie.
 SR. MARTIN. — Era quizás algún otro.
 SR. SMITH. — ¿Hacia mucho tiempo que estaba usted en la puerta?
 EL BOMBERO. — Tres cuartos de hora.
 SR. SMITH. — ¿Y no vio a nadie?
 EL BOMBERO. — A nadie. Estoy seguro de eso.
 SRA. MARTIN. — ¿Oyó usted que llamaban por segunda vez?
 EL BOMBERO. — Sí, pero tampoco era yo. Y seguía no habiendo nadie.
 SRA. SMITH. — ¡Victoria! Yo tenía razón.
 SR. SMITH (*a su esposa*). — No tan de prisa. (*Al Bombero*) ¿Qué hacía usted en la puerta?
 EL BOMBERO. — Nada. Estaba allí. Pensaba en muchas cosas.
 SR. MARTIN (*al Bombero*). — Pero la tercera vez, ¿no fue usted quien llamó?
 EL BOMBERO. — Sí, fui yo.
 SR. SMITH. — Pero al abrir la puerta no lo vieron.
 EL BOMBERO. — Es que me oculté... por broma.
 SRA. SMITH. — No se ría, señor capitán. El asunto es demasiado triste.
 SR. MARTIN. — En resumidas cuentas, seguimos sin saber si cuando llaman a la puerta hay o no alguien.

SRA. SMITH. — Nunca hay nadie.
 SR. SMITH. — Siempre hay alguien.
 EL BOMBERO. — Voy a hacer que se pongan de acuerdo. Los dos tienen un poco de razón. Cuando llaman a la puerta, a veces hay alguien y a veces no hay nadie.
 SR. MARTIN. — Eso me parece lógico.
 SRA. MARTIN. — También yo lo creo.
 EL BOMBERO. — Las cosas son sencillas, en realidad. (*A los esposos SMITH*.) Abrácense.
 SRA. SMITH. — Ya nos abrazamos hace un momento.
 SR. MARTIN. — Se abrazarán mañana. Tienen tiempo de sobra.
 SRA. SMITH. — Señor capitán, puesto que nos ha ayudado a ponerlo todo en claro, póngase cómodo, quítese el casco y siéntese un instante.
 EL BOMBERO. — Discúlpeme, pero no puedo quedarme aquí mucho tiempo. Estoy dispuesto a quitarme el casco, pero no tengo tiempo para sentarme. (*Se sienta sin quitarse el casco*.) Les confieso que he venido a su casa para un asunto muy distinto. Cumpló una misión de servicio.
 SRA. SMITH. — ¿Y en qué consiste su misión, señor capitán?
 EL BOMBERO. — Les ruego que tengan la bondad de disculpar mi indiscreción. (*Muy perplejo*.) ¡Oh! (*Señala con el dedo a los esposos MARTIN*.) ¿Puedo... delante de ellos...?
 SRA. MARTIN. — No se preocupe.
 SR. MARTIN. — Somos amigos viejos. Nos cuentan todo.
 SR. SMITH. — Hable.
 EL BOMBERO. — Pues bien, sea. ¿Hay fuego en su casa?
 SRA. SMITH. — ¿Por qué nos pregunta eso?
 EL BOMBERO. — Porque... discúlpeme, tengo orden de extinguir todos los incendios de la ciudad.
 SRA. MARTIN. — ¿Todos?
 EL BOMBERO. — Sí, todos.
 SRA. SMITH (*confusa*). — No sé... no lo creo... ¿Quiere que vaya a ver?
 SR. SMITH (*husmeando*). — No debe de haber fuego. No se siente olor a chamusquina⁴.
 EL BOMBERO (*desolado*). — ¿No lo hay absolutamente? ¿No tendrán un fueguito de chimenea, algo que arda en el desván

⁴ En la puesta en escena de Nicolas Bataille, el señor y la señora Martin husmeaban también.

o en el sótano? ¿Un pequeño comienzo de incendio, por lo menos?

SRA. SMITH. — No quiero apenarlo, pero creo que no hay fuego alguno en nuestra casa por el momento. Le prometo que le avisaremos en cuanto haya algo.

EL BOMBERO. — No dejen de hacerlo, pues me harán un favor.

SRA. SMITH. — Prometido.

EL BOMBERO (a los esposos MARTIN). — Y en la casa de ustedes, ¿tampoco arde nada?

SRA. MARTIN. — No, desgraciadamente.

SR. MARTIN (al BOMBERO). — Las cosas marchan mal en este momento.

EL BOMBERO. — Muy mal. Casi no sucede nada, algunas bagatelas, una chimenea, un hórreo. Nada serio. Eso no rinde. Y como no hay rendimiento, la prima por la producción es muy magra.

SR. SMITH. — Nada marcha bien. Con todo sucede lo mismo. El comercio, la agricultura, están este año como el fuego, no marchan.

SR. MARTIN. — Si no hay trigo, no hay fuego.

EL BOMBERO. — Ni tampoco inundaciones.

SRA. SMITH. — Pero hay azúcar.

SR. SMITH. — Eso es porque lo traen del extranjero.

SRA. MARTIN. — Conseguir incendios es más difícil. ¡Hay demasiados impuestos!

EL BOMBERO. — Sin embargo hay, aunque son también bastante raras, una o dos asfixias por medio del gas. Una joven se asfixió la semana pasada por haber dejado abierta la llave del gas.

SRA. MARTIN. — ¿La había olvidado?

EL BOMBERO. — No, pero creyó que era su peine.

SR. SMITH. — Esas confusiones son siempre peligrosas.

SRA. SMITH. — ¿No fue a averiguar a la tienda del vendedor de fósforos?

EL BOMBERO. — Es inútil. Está asegurado contra incendios.

SR. MARTIN. — Entonces, vaya a ver de mi parte al vicario de Wakefield.

EL BOMBERO. — No tengo derecho a apagar el fuego en las casas de los sacerdotes. El obispo se enojaría. Apagan sus fuegos ellos mismos o hacen que los apaguen sus vestales.

SR. SMITH. — Trate de ver en casa de los Durand.

EL BOMBERO. — Tampoco puedo hacer eso. El no es inglés. Sólo se ha naturalizado. Los naturalizados tienen derecho a poseer casas, pero no el de hacer que las apaguen si arden.

SRA. SMITH. — Sin embargo, cuando ardió el año pasado bien que la apagaron.

EL BOMBERO. — Lo hizo él solo, clandestinamente. Oh, no seré yo quien lo denuncie.

SR. SMITH. — Yo tampoco.

SRA. SMITH. — Puesto que no tiene usted mucha prisa, señor capitán, quédese un ratito más. Nos hará un favor.

EL BOMBERO. — ¿Quieren que les relate anécdotas?

SRA. SMITH. — ¡Oh, muy bien, es usted encantador!

Le abraza.

SR. SMITH, SRA. MARTIN, SR. MARTIN. — ¡Sí, sí, anécdotas! ¡Bravo!

Aplauden.

SR. SMITH. — Y lo que es todavía más interesante es que las anécdotas de bombero son todas ellas auténticas y vividas.

EL BOMBERO. — Hablo de cosas que yo mismo he experimentado. La naturaleza, nada más que la naturaleza. No los libros.

SR. MARTIN. — Exacto: la verdad no se encuentra en los libros, sino en la vida.

SRA. SMITH. — ¡Comience!

SR. MARTIN. — ¡Comience!

SRA. MARTIN. — Silencio, comienza.

EL BOMBERO (*tosiquea muchas veces*). — Disculpenme, pero no me miren así. Hacen que me sienta incómodo. Ya saben que soy tímido.

SRA. SMITH. — ¡Es encantador!

Le abraza.

EL BOMBERO. — Procuraré comenzar a pesar de todo. Pero prométanme que no me escucharán.

SRA. MARTIN. — Pero si no le escuchamos no le oiremos.

EL BOMBERO. — ¡No había pensado en eso!

SRA. SMITH. — Ya les he dicho: es un niño.

SR. MARTIN, SR. SMITH. — ¡Oh, el niño querido!

Le abrazan⁵.

⁵ En la puesta en escena del señor Nicolas Bataille no abrazan al bombero.

SRA. MARTIN. — ¡Valor!

EL BOMBERO. — Pues bien, comienzo. (*Vuelve a tosiquear y luego comienza con una voz a la que hace temblar la emoción.*) “El perro y el buey”, fábula experimental: una vez otro buey le preguntó a otro perro: ¿por qué no te has tragado la trompa? Perdón, contestó el perro, es porque creía que era elefante.

SRA. MARTIN. — ¿Cuál es la moraleja?

EL BOMBERO. — Son ustedes quienes tienen que encontrarla.

SR. SMITH. — Tiene razón.

SRA. SMITH (*furiosa*). — Otra.

EL BOMBERO. — Un ternero había comido demasiado vidrio molido. En consecuencia, tuvo que parir. Dio a luz una vaca. Sin embargo, como el becerro era varón, la vaca no podía llamarle “mamá”. Tampoco podía llamarle “papá”, porque el becerro era demasiado pequeño. Por lo tanto el becerro tuvo que casarse con una persona y la alcaldía tomó todas las medidas promulgadas por las circunstancias de moda.

SR. SMITH. — De moda en Caen.

SR. MARTIN. — Como el mondongo.

EL BOMBERO. — ¿Lo conocían ustedes, entonces?

SRA. SMITH. — Lo publicaron todos los diarios.

SRA. MARTIN. — Eso sucedió no lejos de aquí.

EL BOMBERO. — Voy a relatarles otra. “El gallo”. Una vez un gallo quiso pasar por perro, pero no pudo, pues lo reconocieron en seguida.

SRA. SMITH. — En cambio, al perro que quiso pasar por gallo no lo reconocieron.

SR. SMITH. — Yo, a mi vez, voy a contarles una: “La serpiente y la zorra”. Una vez una serpiente se acercó a una zorra y le dijo: “Me parece que te conozco”. La zorra le contestó: “Yo también”. “Entonces —dijo la serpiente— dame dinero.” “Una zorra no da dinero”, respondió el astuto animal que, para escaparse, saltó a un valle profundo lleno de fresas y de miel de gallina. La serpiente le esperaba allí y reía con una risa mefistofélica. La zorra sacó su cuchillo y le gritó: “¡Voy a enseñarte a vivir!”. Y huyó, dándole la espalda. No tuvo suerte. La serpiente fue más rápida, asestó a la zorra un puñetazo en plena frente, que se rompió en mil pedazos,

mientras gritaba: “¡No! ¡No! ¡Cuatro veces no! ¡Yo no soy tu hija!”.

SRA. MARTIN. — Es interesante.

SRA. SMITH. — No está mal.

SR. MARTIN (*estrecha la mano al Sr. SMITH*). — Le felicito.

EL BOMBERO (*celoso*). — No es gran cosa. Además, yo la conocía.

SR. SMITH. — Es terrible.

SRA. SMITH. — Pero eso no sucedió en realidad.

SRA. MARTIN. — Sí, por desgracia.

SR. MARTIN (*a la SRA. SMITH*). — Es su turno, señora.

SRA. SMITH. — Sólo conozco una. Se la voy a decir. Se titula: “El ramillete”.

SR. SMITH. — Mi esposa ha sido siempre romántica.

SR. MARTIN. — Es una verdadera inglesa?

SRA. SMITH. — Hela aquí: Una vez un novio llevó un ramillete de flores a su novia, quien le dijo *gracias*; pero antes que ella le diese las *gracias*, él, sin decir una palabra, le quitó las flores que le había entregado para darle una buena lección y, diciendo *las tomo otra vez*, le dijo *hasta la vista*, tomó las flores y se alejó por aquí y por allá.

SR. MARTIN. — ¡Oh, encantador!

Abraza o no abraza a la SRA. SMITH.

SRA. MARTIN. — Tiene usted una esposa, señor Smith, de la que todos están celosos.

SR. SMITH. — Es cierto. Mi mujer es la inteligencia misma. Hasta es más inteligente que yo. En todo caso es mucho más femenina.

SRA. SMITH (*al Bombero*). — Otra más, capitán.

EL BOMBERO. — ¡Oh no, es demasiado tarde!

SR. MARTIN. — Dígala, no obstante.

EL BOMBERO. — Estoy demasiado cansado.

SR. SMITH. — Háganos ese favor.

SR. MARTIN. — Se lo ruego.

EL BOMBERO. — No.

SRA. MARTIN. — Tiene usted un corazón de hielo. Nosotros estamos en ascuas.

⁶ Esta anécdota fue suprimida en la representación. El señor Smith se limitaba a hacer los gestos, sin que saliera sonido alguno de su boca.

⁷ Estas dos réplicas se repetían tres veces en la representación.